

## México y la mediocridad

EL CUESTIONAMIENTO que este libro plantea a México es si se resignará a ser un país mediocre. Como tal, México seguiría deleitándose en su cultura singular, pero se privaría de adoptar instituciones propias y una estrategia rebelde de desarrollo económico; así, su cultura, paulatinamente, devendría folclor.

México se hundiría cada vez más en su actual papel de cliente de los Estados Unidos. Continuaría el proyecto en el que se ha embarcado: integrar parte de su economía a la de Estados Unidos. Sus gobernantes seguirían tratando de compensar a las desdichadas mayorías que no logran beneficiarse directamente con la integración subordinada a la economía estadounidense; mediante cualquier cantidad de programas de asistencia social que crean poder costear; seguirían con la esperanza de preparar a esas mayorías para su futura incorporación en el mundo creado por la integración subordinada; de vez en cuando, los gobernantes del país viajarían a Washington, sombrero en mano, por su habitual rescate del periódico fracaso de sus esfuerzos por reconciliar la obediencia económica con el apoyo político y social.

Los jóvenes de las elites acaudaladas y educadas seguirían estudiando en universidades americanas, y seguirían trayendo a casa las últimas novedades sobre cómo se necesita manejar una sociedad para calificar como candidato a formar parte del primer mundo. La izquierda seguiría en su polémica en contra del "neoliberalismo". Sin embargo, los bien informados entenderían que, de llegar alguna vez al poder, la izquierda sucumbiría a lo (su-

puestamente) inevitable, combinando la globalización estilo TLCAN con concesiones a los intereses de los segmentos más organizados y contestatarios de las clases media y trabajadora. Los intelectuales, que no fueran economistas ni acólitos de los dueños del poder, escribirían ocasionalmente tratados sobre la supervivencia del mismo viejo México, bajo el disfraz de su aceptación de los dictados de la modernidad. De vez en cuando, alguno ganaría el premio Nobel, pero nadie en México les prestaría atención.

Mientras tanto, el país será testigo de cascadas de retórica nacionalista sin sentido y de preocupaciones sociales frustradas. Nadie creería en los argumentos retóricos, ni se impresionaría con las expresiones de preocupación; la voz de las instituciones y de las estructuras que soportan se escucharía con mayor fuerza que las palabras y los gestos que inspiran.

Eventualmente, en un futuro lejano e incierto, y después de muchos retrocesos y dolor, la distancia económica y social entre México y sus modelos de primer mundo empezarían a disminuir. El cambio más importante sería el levantamiento gradual de las restricciones al libre tránsito de mano de obra en las fronteras. Todos incrementarían su riqueza aunque algunos serían mucho más ricos que otros. La cultura, la geografía y la vida familiar seguirían marcando a México como un país diferente, sobre todo de su vecino del norte más rico, más poderoso y relativamente más igualitario (aunque sumamente inequitativo).

México, sin embargo, sería un país mediocre porque no gozaría, ni práctica ni espiritualmente, de la autonomía adquirida por esfuerzo propio, que cualquier clase de grandeza exige. Lo triste de su propia inferioridad dejaría una sombra de sufrimiento y duda sobre sus propios logros.

Éste sería el futuro más probable para México. Sin embargo, no es su destino inevitable. La imaginación detallada de otro futuro, para México y para el mundo, es el tema de este libro.

Esta obra es una tesis en favor de una alternativa progresista a la ortodoxia económica y política que a veces se describe como neoliberalismo. Repudiando esta ortodoxia, niega también la adecuación de la alternativa moderada y débil que muchos progresistas bienintencionados en el mundo buscan poner en su lugar.

La discusión ideológica alrededor del mundo plantea una paradoja: la perspectiva imperante en Washington, en las organizaciones de Bretton Woods, y en las universidades norteamericanas es que todos los países deberían, en algún momento, convergir con el estilo actual de organización económica norteamericana.

El mundo alaba a los Estados Unidos: su riqueza, su poder y su dinamismo. Sin embargo, el modelo norteamericano de organización social y económica no es admirado por completo. Hoy, las elites y las juventudes educadas y politizadas de la mayoría de los países prefieren el ejemplo de la social democracia europea, aun cuando reconocen sus dificultades. Ven en esta tradición europea la promesa de reconciliar la flexibilidad económica y el vigor con una mayor cohesión y solidaridad social.

Parece una promesa irresistible tanto para las sociedades devastadas por siglos de extrema desigualdad y división como para las que se ven amenazadas por la agudización de nuevas desigualdades y divisiones en tiempos posteriores a los fracasados experimentos revolucionarios. Cuando estas personas piensan en los Estados Unidos, su mente vuela hacia Franklin Roosevelt y su Nuevo Pacto (*New Deal*). Su propuesta política más insistente es: "También necesitamos un Nuevo Pacto."

Este libro presenta un doble argumento: uno en contra de la ortodoxia de Washington y su respaldo académico, y otro contra la humanización de lo inevitable, a la que parecen resignados los bienintencionados pero equivocados socialdemócratas y liberales sociales. No se trata, por lo tanto, de la restitución de una "tercera vía" -versión dulcificada de la primera vía que combina la ortodoxia de Washington con un énfasis mayor al subsidio

de la asistencia social, a la inversión en la gente y a la organización comunitaria-. Es, más bien, la exploración de una "segunda vía": un modo distinto de organizar democracias representativas, economías de mercado y sociedades civiles libres. Muestra cómo abrir un camino hacia una mayor igualdad social y hacia la integración de la estrategia de desarrollo económico.

En consecuencia, la tesis incluye una perspectiva del crecimiento económico y sus condiciones y posibilidades sociales. Rompe con la ortodoxia neoliberal y con la humanización socialdemócrata en el punto decisivo de la innovación institucional posible y deseable: fragmentaria, no obstante acumulativa y, en última instancia, incluyente y radical. Insiste en que nuestra ambición por acelerar el progreso material y radicalizar la democracia puede lograrse y conciliarse sólo a través de la transformación de las instituciones creadas para dar cuerpo a la democracia, el mercado y la sociedad civil en los países exitosos de la región del Atlántico norte. Éstas son las instituciones y los países que hoy se presentan como ejemplos a imitar por el resto del mundo.

La renovación institucional puede ser muy urgente en los países en desarrollo y en las sociedades poscomunistas, pero se necesita en todos lados, incluso en las naciones más ricas, más poderosas y más educadas. Sin ésta, no pueden avanzar por el punto donde las condiciones de progreso material intersectan los requerimientos de la emancipación individual.

No podemos avanzar en este punto con la simple imposición de restricciones de equidad a la forma actual de la economía de mercado, implementadas mediante los ya conocidos instrumentos de impuesto-transferencia. No podemos progresar reproduciendo y perfeccionando el Estado benefactor construido por la democracia social europea durante las décadas que siguieron a la Segunda Guerra Mundial. Las políticas de impuesto-transferencia no conseguirán la magnitud necesaria o el pretendido efecto en las sociedades devastadas por divisiones arraigadas y salvaje desigualdad de oportunidades.

Incluso en aquellos lugares en los que una larga historia de conflictos y reformas democratizadoras ha triunfado sobre las divisiones y desigualdades, la redistribución subsidiada y retrospectiva muestra efectos limitados y lo hace con un costo. Parte de éste puede recaer en las finanzas públicas: la imposición de obligaciones al gobierno en tiempos de bonanza, que pueden ser difíciles de reducir en tiempos malos. Otra parte puede ser económica: otorgar derechos a distintos grupos sociales y segmentos de la clase trabajadora que podrían convertirse en obstáculos para la innovación tecnológica y organizacional, limitando la capacidad para reacomodar personal y recursos. Y una parte puede ser social: la tendencia de tales derechos y programas asistenciales a reflejar, reforzar, e incluso, magnificar las divisiones que existían previamente entre los agentes económicos internos y los externos.

Ante la evidencia, más que intentar moderar los resultados inequitativos de la actividad del mercado, debemos reimaginar y reorganizar las instituciones que definen el mercado. Los compromisos de inclusión social y de igualdad de oportunidades serán establecidos con mayor seguridad cuando se realicen en solidaridad con el objetivo de fortalecer a todos los individuos.

Es, pues, la idea de la grandeza y, por ende, de la capacidad de los hombres y las mujeres ordinarios, el punto en el cual convergen las promesas de democracia y los requerimientos del progreso práctico, con mayor fuerza. La grandeza, más que la igualdad, se coloca en el centro de esta perspectiva. Es un modo de pensar que ve los males de la desigualdad como un insulto de inferioridad.

Desde esta perspectiva surge un programa con cuatro compromisos rectores. El primero es dar forma a una nueva idea de gobierno activista, refinanciado, como socio de la iniciativa privada y como condición para una economía de mercado más abierta a todos. El segundo es la democratización del mercado -democratizarlo mediante su reorganización- no sólo regularlo o

suavizar sus efectos sociales con programas de asistencia social. El tercero es dotar a los individuos con los beneficios educacionales y económicos que necesita para realizarse dentro de la innovación y la inestabilidad. La capacitación universal debe formar parte de los derechos que se otorguen a grupos específicos. El cuarto es profundizar en la democracia: una democracia enérgica, caracterizada por un incremento sostenido del nivel de movilización política de la sociedad y una facilitación para la práctica continua y repetida de la reforma estructural. Una profundización democrática como la mencionada ayuda a hacer posible la democratización de la economía de mercado en la medida en que hace efectivo un aspecto esencial del proyecto de fortalecimiento: una mayor habilidad para negociar colectivamente dentro de los términos de colectividad que caracterizan nuestra existencia.

Cada una de estas orientaciones empieza con reformas modestas. Cada una se encamina hacia una secuencia de innovaciones cada vez más radicales en los acuerdos institucionales de la sociedad. El punto es diferenciar la idea de sustento –es decir, de cambio estructural o institucional– de la noción de un mejoramiento revolucionario y exhaustivo. Lo que importa es el rumbo del cambio y ver, paso a paso, qué tan lejos llegamos.

Juntas, estas propuestas describen un proyecto que es una segunda vía, no sólo una suma aislada de propuestas nacionales distintas al verdadero camino que los poderes hegemónicos recomiendan, y que son ideas de nuestra época. No podemos oponer resistencia a un proyecto universal con simples desacuerdos locales. No debemos, tampoco, dejar de reconocer la existencia de un repertorio común de problemas y soluciones en los que debemos trabajar los progresistas contemporáneos.

Sin embargo, esta segunda vía abre muchos caminos. Una vez satisfechos, a través de la innovación institucional, los requerimientos básicos de capacidad gubernamental, de fortalecimiento de los individuos, de democratización del mercado y de pro-

fundización de la democracia, podremos gozar de una mayor originalidad nacional, que se exprese en formas de vida como resultado de la unión entre un conjunto de instituciones y una forma de conciencia. La capacidad para crear una diferencia real sustituirá al deseo vacío, frustrado y peligroso de ser diferentes que hoy, generalmente, acompaña al proceso de convergencia hacia el programa del único y verdadero camino, a veces llamado neoliberalismo.

El papel de las diferencias nacionales en un mundo de democracias es desarrollar los poderes y posibilidades de la humanidad en distintas direcciones, ya que cada organización de la vida humana promueve ciertas formas promisorias de experiencia humana y desalienta otras. La capacidad para mover en estas distintas direcciones, para crear una diferencia real, requiere fortalecer nuestras oportunidades para reconocer, desafiar y cambiar el marco de nuestras actividades rutinarias mientras las vamos realizando. Nuestra habilidad, como individuos y como grupos, para resistir y dominar el destino social se vincula con los avances que podamos lograr en términos de libertad y prosperidad. El programa de la segunda vía, expresado en este libro, define los requerimientos institucionales compartidos y los presupuestos intelectuales de este fortalecimiento. La semejanza abre la puerta a la diferencia.

Planteado en estos términos generales y abstractos, el proyecto del experimentalismo democrático casi puede parecer etéreo y sólo un escrito más de buenas intenciones. Sin embargo, su fuerza surge de la consecución detallada de innovaciones institucionales a las que compromete y de la demanda de una respuesta directa y práctica ante lo que se está convirtiendo rápidamente en el problema central, político y económico, de nuestra época. Este problema es la organización de la economía mundial como una red de sectores avanzados y de elites que manipulan las ideas, quienes realmente producen, hacen y piensan casi todo lo impor-

tante. El resto amenaza quedarse atrapado en la maquila, a veces bien pagada, pero maquila al fin.

La razón práctica ha encontrado la manera de rehacer poco a poco el mundo práctico en su propia imagen. Acerca la producción a la ciencia. El experimentalismo permanente es el precio a pagar por el éxito mundial. Alimenta el fuego que está consumiendo las ilusiones de la falsa necesidad, pero ¿en qué términos y en favor de quién? El ataque a la división entre trabajo real y maquila, entre la gente que “importa” y la gente que no, es el candente asunto sobre el cual versa la tesis de este libro.

De ahí que, en esencia, esta tesis represente al mismo tiempo una reinención de las ideas de izquierda (hostiles a la melosa temporalidad de la “tercera vía”) y una revitalización del liberalismo clásico. Algunos liberales como Mill, Herzen y Humboldt compartían un compromiso con el proyecto radical de reorganización institucional de la sociedad así como la devoción al ideal del fortalecimiento de la persona ordinaria. Un elemento central de su ambición era liberar la idea aristocrática de la autoafirmación de su contexto elitista; y crearla de nuevo en la imagen de todos los hombres. Su pesadilla era ver que la democracia degenerara en un pastoreo organizado. En la medida en que proponían un camino práctico a seguir, se les puede acusar de padecer una fijación dogmática en un conjunto demasiado estrecho e imperfecto de instituciones políticas y económicas, pero entendían que son las instituciones de una sociedad quienes conforman su destino.

Los filósofos academicistas que ahora usurpan el nombre del liberalismo o que compiten entre ellos por la mejor manera de adornar y justificar una democracia social, institucionalmente conservadora, carecen de la definición que caracteriza a aquellos liberales clásicos. Sus proyectos han renunciado a la reconstrucción institucional y buscan humanizar lo inevitable. Califican de romántico y peligroso el ideal de engrandecer a la persona común,



a cualquiera. Hablan con devoción, ansiosos por establecer restricciones equitativas a las crudas y egoístas fuerzas del mercado que ellos mismos no saben cómo reimaginar y reconstruir.

Buscan métodos de argumentación y de justificación que aseguren sus ideas a los términos de imparcialidad que han logrado trascender las circunstancias históricas y sociales. Sin embargo, vistas apenas a una corta distancia, sus doctrinas parecen un destello metafísico sobre las condiciones que dicen superar: la maquinaria de subsidio del Estado benefactor keynesiano establecido en el Atlántico norte durante el despertar de la depresión y la guerra del siglo xx.

No obstante, enfrentamos una dificultad tanto intelectual, como política y moral, por ser diferentes a estos pseudoliberales. La dificultad intelectual es la pobreza de los modos de pensar contemporáneos acerca de la reorganización de la sociedad. La idea de un cambio en las instituciones fundamentales o en la estructura básica de una sociedad permanece cautiva en el cadáver de los discursos evolucionistas fatalistas, como el marxismo. Estos discursos se han vuelto, literalmente, increíbles.

En dichas teorías deterministas la buena noción de cambio estructural discontinuo permanece anudada al mal concepto de que los elementos de cualquier orden institucional forman parte de un paquete indivisible (“capitalismo”, “socialismo”) y de que existen fuerzas incontrolables que impulsan la sucesión de dichos sistemas institucionales. Al sucumbir ante esta mala concepción, las ciencias sociales positivas o positivistas –la economía en primer lugar– perdieron los buenos conceptos. No fueron capaces de proporcionar las vías necesarias para comprender el cambio estructural, ni siquiera pudieron hablar de ello. Trivializaron en torno a la transformación definiéndolo como un simple residuo del ensayo-error evolutivo, orientado por el equilibrio de los intereses y la solución de problemas. Negaron la extrañeza –y la contingencia– de lo familiar.

*La segunda vía: la alternativa progresista* se apoya en un cuerpo teórico-social explícito. (Véase Roberto Mangabeira Unger, *Politics: The Central Texts*, editado y prologado por Zhiyan Cui, Verso, 1997). Rescata la noción de cambio estructural del bagaje de presupuestos deterministas que la soportan. Sugiere una manera de explicar cómo hemos llegado a vivir como vivimos y a ser lo que somos, que exalta nuestra capacidad de transformación dando forma a nuestra imaginación institucional. Teoría que, como el arte y la política de transformación, es un anti-destino.

¿Cuáles son los obstáculos y las oportunidades que la segunda vía –el proyecto político-económico que aquí se explora– enfrenta en México? Consideremos primero la correlación de fuerzas e intereses; en segundo lugar, la influencia de las ideas dominantes; y por último, la sensibilidad y las actitudes morales de la gente.

Quienes abogan por este proyecto, en un país como Brasil, deben tratar de explotar dos contradicciones: en la clase adinerada, una contradicción entre los intereses productivos o industriales y los intereses financieros, y en las clases media y trabajadora, una contradicción entre las minorías organizadas vinculadas a los privilegios corporativistas y las mayorías desorganizadas. Deben tratar de movilizar a los productores en contra de los que buscan en la debilidad financiera del Estado fuentes de enriquecimiento fácil, y a la mayoría desorganizada en contra del conjunto de privilegios corporativistas que mantiene al país en suspenso. El punto es dar respuesta a las angustias y aspiraciones de estos grupos, de manera que los oriente hacia una estrategia social de desarrollo nacional incluyente e insubordinada.

Una razón por la cual la puesta en práctica presenta dificultades y peligros es que los intereses en conflicto también se traslapan. Por ejemplo, los productores, amenazados por un bajo crecimiento económico, pueden encontrar un camino para prosperar como acreedores del Estado y beneficiarse de las elevadas tasas

de interés que el gobierno puede verse obligado a pagar. Otra razón es que resulta más difícil conciliar y encauzar los intereses en oposición que vencerlos, sin conciliar con ellos. Vencerlos sin conciliarlos puede ser casi tan perjudicial al programa como no vencerlos.

Como progresistas, no podemos permitirnos, por ejemplo, elegir entre ceder a las gestiones de los obreros y empleados públicos relativamente privilegiados o ahogar con demagogia y medidas autoritarias la actividad de las organizaciones independientes y la militancia de la sociedad civil. Debemos contar con una política dirigida a los intereses de la mayoría no organizada de las clases media y trabajadora y que impulse, al mismo tiempo, una autoorganización más vigorosa e incluyente.

Estas metas, difíciles de alcanzar en la mejor de las circunstancias, son imposibles cuando nosotros, como activistas y pensantes, no somos capaces de enunciar con claridad cómo proponemos la reorganización de la economía y del Estado. Los intereses necesitan encontrar una solución. Las soluciones requieren ideas. El desarrollo de la autoorganización independiente en la sociedad civil ayuda mucho pero no es suficiente. Ante la ausencia de una reorganización del Estado y de la economía, las nuevas organizaciones se convertirán sencillamente en nuevos gestores que demanden para sí mismas lo que no son capaces de ofrecer al país.

Las realidades mexicanas ponen estas limitaciones comunes bajo una luz distinta. Hoy, en México, el creciente potencial de intereses productivos e industriales se ha visto reducido por la aceptación de la estrategia de incorporación subordinada, manifiesta en el TLCAN y en toda la relación entre México y Estados Unidos. Sin embargo, esa estrategia presenta un problema que abre una oportunidad: el fracaso de la integración subordinada para crear oportunidades suficientes para los millones de mexicanos que quieren abrir un pequeño negocio y convertirse en pequeños empresarios.

Bajo las actuales condiciones, no hay forma de restablecer y darle una utilidad a la tensión, ligera pero que sin lugar a dudas existe, entre financistas y productores, sin radicalizar y popularizar el sentido institucional de la economía de mercado. Una economía que sigue a la sombra de la mutua protección entre la clase política y la plutocracia, y que no da espacio para reencauzar la tensión existente entre los que trabajan y producen y los que ganan sin trabajar y sin producir.

El conflicto en las clases media y trabajadora, entre las minorías organizadas, corporativas y privilegiadas y la mayoría desorganizada también ha tomado un cauce particular en México. En la medida en que las antiguas organizaciones corporativas como los sindicatos del régimen han perdido influencia, nuevas organizaciones proliferan con distintos grados de independencia del gobierno. Las antiguas han decaído sin desaparecer. Las nuevas se han multiplicado sin consolidar su independencia política y económica o sin incorporar más que pequeñas franjas de la población. El resultado es que el conflicto entre una minoría organizada y una mayoría desorganizada queda empañado por la percepción ampliamente compartida por las clases media y trabajadora de una impotencia y una desorganización colectiva.

En este desierto, el dinero y el poder, o la cercanía con alguno de los dos, son los únicos remedios que rescatan al individuo de una vulnerabilidad que lo paraliza. La humillación que se desprende de la falta de libertad está presente, en esta época, en la conciencia de los mexicanos de cualquier clase. Su lección es la conveniencia de mentir sobre el pasado y olvidarse del futuro. También los tienta a atribuir su situación a los poderosos caídos de un régimen al que no han podido destruir ni remplazar.

Únicamente existe una solución: enfocarse en las condiciones legales, políticas, económicas y educacionales que puedan dar a un gran número de personas, la confianza en su habilidad para ponerse de pie y resistir, sea que estén organizadas o no. La dife-

rencia entre los grupos organizados y los no organizados palidece cuando se compara con la diferencia entre grupos preparados y grupos no preparados. La mayor prioridad en la labor de liberación nacional, es eliminar la mutua mancuerna protectora entre el gobierno y la plutocracia, y asegurar el nivel de recaudación y ahorro interno sin el cual ningún estado mexicano puede hacer de su población ciudadanos y trabajadores capaces.

En este esfuerzo no podemos contar con las nuevas organizaciones ni con las antiguas. Su demanda de "participación" puede disfrazar la defensa de los estrechos intereses de los grupos relativamente privilegiados y de los activistas que los representan. La propaganda ceremoniosa de las organizaciones comunitarias como puerta de entrada a la democracia oculta una característica crucial de las sociedades contemporáneas: la mayoría siempre es relativamente desorganizada o bien sólo establece frágiles vínculos con organizaciones fuera de la familia. El Estado debe ayudar a esta gente a sostenerse por sí misma, a pesar de su falta de organización y garantizar que su voz no se ahogue entre las demandas de los intereses organizados.

Los factores determinantes para el éxito de este proyecto son los mismos que se encuentran en el centro del proyecto político-económico descrito en este libro: la democratización del mercado, la profundización de la democracia, el desarrollo de instrumentos económicos y educacionales accesibles para el trabajador y el ciudadano individual, y la garantía para el gobierno de recursos y poderes que le permitan un papel activo en la generalización de oportunidades individuales y la multiplicación de los experimentos sociales.

En México, por lo tanto, un movimiento político con semejantes compromisos no puede apoyarse ni en las viejas organizaciones, tan controladas, ni en las nuevas, ya más independientes. Debe hablar por todos y poner en su lugar a los intereses organizados. Debe considerar la actividad de la asociación como

subsidiaria a las políticas de robustecimiento del individuo, de sus capacidades y de sus recursos.

Para levantar a México no basta con identificar, reinterpretar y redefinir las líneas equivocadas de la estructura de intereses establecida. También es necesario elaborar diferentes pensamientos. Las ideas prevalecientes en las ciencias sociales, tanto en la academia como en la práctica política de los países ricos, dibujan un semblante de la racionalidad, la naturalidad y aun de la necesidad de convergir con los arreglos de esos países. Dan por hecho un orden establecido de la sociedad que, a lo largo del siglo xx, se vio más violentado por la guerra y por las crisis económicas que por la lucha ideológica y de clases.

Esta ciencia social se ha condenado no sólo a ser un raquítico búho de Minerva volando en el crepúsculo sino, además, a volar bajo y con dificultad. Cuando algún incidente –como la crisis financiera internacional de 1997-1999– ocurre, los economistas empiezan a dudar. Sus dudas apenas van más allá de un interés recién fundado en instrumentos preliminares y superficiales como el control de capitales. Desempolvan las verdades a medias de otros tiempos como la versión americanizada de Keynes. Cuando mucho, tratan de desagregar la ortodoxia de su disciplina, quitándole, por ejemplo, las exorbitantes concesiones a los prejuicios e intereses de las finanzas internacionales con tal de preservar el resto de su doctrina. El decir del minúsculo búho de Minerva –empeñado como la última palabra de la ciencia–, se ha convertido en el máximo galardón con el que un joven mexicano debe culminar su educación en alguna universidad extranjera, si aspira a ingresar en la elite del poder.

Pero, ¿qué puede hacer México? Los países que tienen mayor necesidad de pensar con rapidez y autonomía son los más pobres en términos de una cultura de educación superior. No obstante, parecen destinados a ser las víctimas desmoralizadas de cualquier idea novedosa que se ponga de moda.

La solución radica en pensar en grande a pasos cortos. La tarea de la *intelligentsia*, en un país como México, es desarrollar en cada área de pensamiento -empezando por la economía y el derecho- un modo de pensar que ponga en perspectiva lo factible a la luz de lo posible, enfocándose en los acuerdos y presuposiciones básicos de la sociedad para reinventarlos y rehacerlos; y eso implica trabajar sobre los acuerdos institucionales y las formas de conciencia, cada uno en relación con el otro.

El punto es no esperar que la *intelligentsia* mexicana, contando con nada más que su experiencia de desubicación y perplejidad, elabore unas teorías social y económica distintas, y una doctrina legal diferente.

Lo importante es introducir, en forma fragmentada, modos de pensar y de hablar que nos permitan diferenciar con más claridad entre las regularidades que conlleva un conjunto de instituciones y presuposiciones dadas y las actividades que dan la posibilidad de cambiar ese conjunto. Es una reminiscencia de la dualidad entre "leyes" y condiciones, de origen propia de la tradición que ha imperado en la ciencia natural desde Newton hasta Einstein. La diferencia es que el poder para cambiar las condiciones iniciales se convierte en algo más importante que la capacidad para reconocer las leyes y utilizarlas para el bienestar de la humanidad.

Este programa intelectual puede llevarse a cabo de la mejor manera en circunstancias de la vida académica e intelectual mexicana, apegándose a los enigmas, las paradojas y las incongruencias que nos revelan los límites de la ciencia social fatalista y del análisis conformista de las políticas importado de los países del norte. Esta guerrilla de la mente puede, en algún momento, tomar la forma de una teoría sistémica. Sin embargo, no lo necesita y, por lo general, no lo hará.

La segunda vía debe utilizarse no sólo como un argumento en favor de una alternativa en particular, sino como un conjun-

to de instrumentos para pensar en la forma que señalamos. Presupone una teoría social, política y económica, no presente aquí de manera explícita pero que se encuentra en otros libros míos. No necesitamos, por otro lado, pensar en ideas programáticas como inferencias de ideas más generales. Podemos dar un tratamiento a las ideas generales como la profundización o la extensión de los proyectos de transformación que comienzan sin ellas. Proyectos así exigen que nos pensemos como opositores, no como agentes, del destino que nuestra circunstancia histórica parece imponernos.

Entre los obstáculos que los mexicanos deben confrontar, si han de caminar en una dirección como la que se describe en este libro, se encuentran las actitudes morales así como los intereses y los conceptos. Dos formas de fatalismo, una nueva y una vieja, convergen actualmente en México. Es una convergencia recurrente en muchos otros países.

El viejo fatalismo surge de una experiencia de impotencia arraigada en la vida cotidiana. El Estado mexicano no pertenece todavía al pueblo mexicano, de tal forma que se exime de las limitaciones derivadas de la mancuerna de protección mutua entre el gobierno y la plutocracia. El gobierno parece un instrumento de la integración subordinada que las elites mexicanas han confundido con la aceptación de los mercados y la globalización. Los mexicanos siguen habitando un mundo social de clientes y patrones porque el Estado se mantiene separado de la nación.

El rasgo característico de las relaciones sociales en este mundo es una mezcla de intercambio, subyugación y lealtad en toda relación entre jefes y subordinados, hombres y mujeres, viejos y jóvenes. La sentimentalización del intercambio desigual se convierte en el *leitmotiv* de la existencia diaria y lo mejor que podemos esperar es suavizar las relaciones de poder a través de la lealtad mutua pues la gente desespera tratando de socavarlas y sustituirlas.



Sobre este fatalismo arcaico y generalizado se ha impuesto un fatalismo moderno, como las ideas dominantes sobre la economía política, importadas de Estados Unidos y de Europa occidental. Es la cultura de la desilusión de la política. Su noción es que la política se empequeñezca para que la gente engrandezca. Desde este punto de vista, lo más que se puede esperar de los políticos es obtener negociaciones razonables y asegurar las mínimas eficiencias y decencias. El ardor de la vida humana, esto es, la transgresión de límites y el descubrimiento de novedades, sólo puede atentarse con seguridad y efectividad en las vidas individuales y en la experiencia de grupos pequeños.

México no podrá ser realmente un país si no cambia sus instituciones y conceptos establecidos y si no desarrolla una estrategia insurgente de crecimiento económico. No podrá eliminar la maldición de la mediocridad, de la sumisión colonial y de la inequidad salvaje. Necesita de una política engrandecida –es decir, de una política que movilice la gente y cambie las instituciones y las ideas dominantes– para ser un lugar donde el hombre común se pueda engrandecer.

Una contradicción impresionante, que se encuentra en la personalidad de muchos mexicanos, ofrece la base moral sobre la cual establecer una política enérgica, comprometida con un proyecto de innovación institucional y desarrollo herético. Reservados, ensimismados, protegiendo su dignidad y su autoimagen, los mexicanos, de todas clases sociales, desde el más humilde campesino hasta el líder político o empresarial más influyente, se mantienen sujetos a un círculo vicioso personal que los lleva de una humillación a otra.

Tienen la idea de que una persona debe permanecer de pie pero la experiencia de arrodillarse. Que también tienen juntos una vía para levantarse es el mensaje que este libro ofrece a México.